



DE DIEGO OTERO, Estrella, *El Prado Inadvertido*, Barcelona, Anagrama, 2022

Paseos por el Museo del Prado, reencuentros con viejos amigos y nuevos conocidos. Pasos dubitativos y firmes se entrecruzan con sus iguales entonando una particular melodía y siguiendo el ritmo marcado por el viento o la lluvia que, en su exterior, murmuran. Refugio para las tarde de invierno, como también escenario del recuerdo de todas las veces que cada uno ha recorrido sus salas, siempre como la primera vez.

En *El Prado Inadvertido*, Estrella de Diego nos invita a recorrer el Prado con un itinerario que se detiene tanto en los clásicos como en los olvidados del museo, reconstruyéndolo desde de su mirada personal y planteando, al hilo de la visita mnemónica, las preguntas que se le han presentado a lo largo de su vida y carrera como historiadora del arte. Por consiguiente, navegando entre el ensayo y la memoria personal, el texto va dando forma al espacio de su museo personal.

De esta manera comienza la visita y tras atravesar las puertas del museo la narración se detiene frente a la sala 12, que alberga el centro gravedad en torno al cual se confecciona el museo: *Las Meninas* de Velázquez. Una interrogación abierta con mil y ninguna respuestas sobre el contenido del cuadro que permanece invisible, dándonos las espaldas desde el lienzo, y lo que la pintura que frente a nosotros contemplamos quiere representar. En esta ocasión, Estrella de Diego nos propone releer la obra a la luz del Quijote de Pierre Mennard, en recuerdo del montaje sacralizante que, tanto la autora como Jorge Luis Borges, pudieron contemplar. Nos desplazamos entonces, continuando frente al lienzo, al tiempo en el que ambos encontraron la obra aislada en una pequeña sala, acompañada de unos espejos como muestra la fotografía de Masats y que, según el propio Borges, permitía “continuar su magia” (p. 27).

¿Cómo puede llegar a cambiar el significado de una obra en función del montaje del museo que la muestra? Abrimos los ojos para ver que ya no seguimos en esa sala y cómo han cambiado *Las Meninas*. Las diferentes maneras de mostrar que tienen los museos nos hacen detenernos unos instantes en el MoMA donde las *Señoritas de Aviñón* nos esperan con más preguntas y más respuestas; el Stedlijk Museum de Ámsterdam, el MASP –aún organizado según el montaje de Lina Bo Bardi–, hasta detenernos en el *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg. Cada uno presenta sus particularidades a la hora de exponer, de seleccionar e incluir en ellos las obras que muestran, a su vez, de maneras diferentes. Si bien, no debemos olvidar que la exposición es inherente al ocultamiento de lo otro. Lo otro, lo que queda fuera del relato, como sucedía con *El Cid* de Rosa Bonheur que ahora se muestra ante nosotros desde el Prado; si bien antes tuvo que llevar a cabo un complejo periplo que lo retuvo durante mucho tiempo colgado en los peines del sótano del museo.

Maneras de mostrar que están íntimamente relacionadas con las maneras de ver, de mirar, de mirarse en el museo. La visita no se centra solamente en lo que desde el museo decide mostrarse, sino en lo que nosotros, sus invitados, estamos preparados

para ver. De esta manera, ahora nos detenemos en los bodegones que alberga el Prado y que probablemente se nos desvelen por primera vez, a pesar de llevar colgados años en las paredes del museo. Unos bodegones, como los de Clara Peeters, que atraen nuestra atención como ejemplo de los cambios que se realizan paulatinamente tanto en el museo como en la en la historia del arte, a medida que se cuestiona la mirada y se exploran nuevas perspectivas. Si bien, siempre con la primacía de una mirada humilde, que esté dispuesta a enfrentarse desde el presente a las obras del pasado, comprendiéndolas también en su propio presente y entendiendo que “las historias de hoy no son las de ayer ni serán las de mañana” (p. 227). Diferentes visiones, diferentes perspectivas que, entrelazándose, van formando el relato del Prado, su historia, aunque también la del país que lo alberga y la de cada uno de sus visitantes. Con todo, el Museo del Prado, como también *Las Meninas*, parecen no llegar nunca a alcanzar nunca un discurso definitivo –un relato cerrado, concluido–, pues en su naturaleza viviente el museo siempre permanece abierto a acoger las perspectivas, aun desapercibidas, que el futuro propondrá.

En definitiva, con *el Prado Inadvertido* Estrella de Diego nos invita a reencontrarnos con el Museo del Prado para recorrer sus salas con ojos de extranjero y la certeza de que “los museos, como las palabras y las historias y las imágenes, van cambiando a cada paso; llenándose de narrativas diferentes y nuevas, las que exigen los cambios en el gusto, las que persiguen las transformaciones en el concepto de calidad; las que se construyen, aun sin saberlo, desde las leyes del extranjero: traer y llevar las preguntas. Es cuestión de sacar lo olvidado a la luz –aunque lo olvidado sea diferente en cada momento histórico– y rescatar lo excluido teniendo clara una cosa: por mucho que tratemos de recuperar lo excluido, siempre quedará algo fuera, alguien fuera” (p. 33) que nos ha pasado inadvertido.

Sofía Camarero Pérez